

# Dos poemas

Derek Walcott

Versión de José Luis Rivas

## AMÉRICA CENTRAL

A machete helicópteros desmontan platanares.  
Entre un pulgar y un índice con nicotina  
se parten rostros frágiles como tabaco de hoja.  
Niños en camiseta vadean con las piernas corvas,  
pequeños camarones pando bajo su ombligo.  
Los dientes de los viejos son tocones de selva  
calcinada.

Sus pieles raspan como el cuero de una iguana;  
su vista fija, como las piedras pizarreñas.  
Mujeres en cuclillas junto al solaz del río  
donde los niños chapotean con el agua a la rodilla,  
y una vara salpica chispas de mariposas.  
Allá arriba, en azules extensiones de selva,  
vuclan moscas en círculo sobre sus padres.  
En primavera, en las altas provincias  
del Imperio, tanagras amarillas  
se ciernen entre las ramas sin hojas.  
No hay distinción a tal distancia.

## GROS - ILET

En esta aldea, recalada como un pardo trapo por el  
agua del mar,  
apareció un lenguaje, decorado con trompas de tritón,  
con una brizna de bayas en la axila  
y los codos cual remos flexibles. Cada rito comenzaba  
en los estercoleros, en los basurales, al nacer el día y  
en su oscuro  
entierro acompañado de cangrejos. El mar robustecía  
los aromas. El ancla de las islas calaba en lo profundo,  
mas siempre era visible en la arena. Muchos tiburones,  
y a ratos una manta, de anchas aletas como velas,  
brotaba con mirada insome de trémulos corales.  
Y un pescador izaba un bagre con zarcillos.  
Y la noche con sus claras, inapagables velas,  
era como la Noche del Día de los Muertos bocabajo,  
parecida a un murciélago

que conserva su propia visión del mundo. De modo  
que bajaba la vista, divertido,  
sobre nosotros, encontrando extraño nuestro andar,  
y se preguntaba por nuestro sentido del equilibrio,  
cómo podíamos dormir como si estuviésemos muertos,  
cómo podíamos mezclar los sueños con cosas  
ordinarias como los clavos, o las rosas,  
cómo envejecían los arrecifes tan rápido de musgo,  
cómo la mar formaba arrugas que nada tenían que ver  
con el tiempo,  
cómo la arena alzaba remolinos de viento por no tener  
nada que hacer,  
cómo las sombras respondían solamente al sol.  
Y a veces, como la cubierta de una vieja rueda,  
el lomo oscuro de un delfín. El péñor, tú  
que te rompiste el culo, borracho, derribando el  
mamparo  
y el timonel que se da a la vela, como una manta bajo la  
ola palpitante,  
lárgate, aquí no hay nada para ti.  
Las velas y las costumbres son distintas, los muertos  
son distintos. Distintos ataúdes contienen sus tumbas.  
Hay diferencias más allá del paraíso  
de nuestros horizontes. Este no es el mar Egeo, color de  
uva púrpura.  
No hay vino aquí, ni queso, las almendras están verdes;  
la uva de mar es amarga, y el lenguaje, el de los  
esclavos.